

LIBRO VEINTE Y TRES.



Austerlitz.

Efecto que causan las noticias del ejército.—Crisis rentística.—La caja de consolidación suspende los pagos en España, y contribuye á aumentar los apuros de la compañía titulada *Reunion de Comerciantes*.—Auxilios que dá esta compañía el Banco de Francia.—Emision excesiva de billetes de banco, y suspension de pagos.—Varias quiebras.—Alarmado el público pone su confianza en Napoleon, y espera de él algun hecho brillante que restablezca el crédito y la paz.—Continúan los sucesos de la guerra.—Estado de los negocios en Prusia.—La mal llamada violacion del territorio de Anspach sirve de pretexto para que el partido de la guerra trabaje por llevar á cabo sus fines.—El emperador Alejandro se aprovecha de esta coyuntura para trasladarse á Berlin.—Consigue que la corte de Prusia se comprometa á secundar la causa de la coalicion para un caso eventual.—Tratado de Postdam.—Salida de Mr. de Haugwitz para el cuartel general francés.—Napoleon toma una gran resolucion al saber los nuevos peligros que le amenazan.—Precipita su movimiento hácia Viena.—Batalla de Caldiero en Italia.—Marcha del ejército grande por medio del valle del Danubio.—Paso de Inn, el Traun y el Ens.—Napoleon en Lintz.—Movimiento que podian hacer los archiduques Carlos y Juan para detener la marcha de Napoleon.—Precauciones que toma este al acercarse á Viena.—Distribucion

cion de sus cuerpos de ejército por una y otra orilla del Danubio y en los Alpes.—Los rusos pasan el Danubio por Krems.—Peligro que corre el cuerpo de Mortier.—Accion de Dirnstein.—Accion de Davout en Mariazell.—Entrada en Viena.—Sorpresa de los puentes del Danubio.—Napoleon quiere aprovecharse de ella para cortar la retirada al general Kutusof.—Murat y Lannes trasladan á Hollabrunn.—Murat se deja engañar por una proposicion que le hacen acerca de una tregua, y da tiempo al ejército ruso para que se escape.—Napoleon rechaza la tregua.—Sangrienta accion de Hollabrunn.—Llegada del ejército francés á Brunn.—Buenas disposiciones que toma Napoleon para ocupar á Viena, resguardarse de los archiduques por la parte de los Alpes y la Hungria, y hacer frente á los rusos por la parte de Moravia.—Ney ocupa el Tirol, y Augereau á Suabia.—Los cuerpos de Jellachich y Rohan son hechos prisioneros.—Salida de Napoleon para Brunn.—Se intenta una negociacion.—Orgullo insensato del estado mayor de los rusos.—Nueva camarilla que se forma en derredor de Alejandro.—Ella es quien le inspira la imprudente resolucion de dar la batalla.—Terreno escogido con anticipacion por Napoleon.—Batalla de Austerlitz dada el día 2 de diciembre.—Destruccion del ejército austro-ruso.—El emperador de Austria en el bivac de Napoleon.—Tregua concedida bajo promesa de que pronto se haria la paz.—Principian las negociaciones en Brunn.—Condiciones que impone Napoleon.—Quiere los Estados venecianos para completar con ellos el reino de Italia; el Tirol y la Suabia austriaca á fin de engrandecer á Baviera y los ducados de Baden y Wurtemberg.—Alianzas de familia con estas tres casas alemanas.—Resistencia que hacen los plenipotenciarios austriacos.—Napoleon, á su regreso á Viena, tiene una larga entrevista con Mr. de Haugwitz.—Vuelve á sus proyectos de unirse á Prusia, y le da el Hannover con la condicion de que se coligaria definitivamente con Francia.—Tratado de Viena celebrado con Prusia.—Salida de Mr. de Haugwitz para Berlin.—Napoleon, libre ya de Prusia, se hace mas exigente con respecto á Austria.—Se deja la negociacion para proseguirla en Presburgo.—Acéptanse las condiciones de Francia, y se celebra la paz en Presburgo.—Salida de Napoleon para Munich.—Casamiento de Eugenio de Beauharnais con la princesa Augusta de Baviera.—Regreso de Napoleon á Paris.—Es recibido en triunfo.

Las noticias que llegaron de las orillas de Danubio causaron gran satisfaccion en Francia, al paso que las de Cádiz bastante sentimiento; pero ni unas ni otras se acogieron con estrañeza

pues nuestros ejércitos de tierra, siempre victoriosos desde que empezó la revolución, infundían en todos magníficas esperanzas, y nada se aguardaba de nuestras escuadras, que tan desgraciadas habían sido durante quince años. También es verdad que se creyó no producirían grandes consecuencias los sucesos marítimos, mientras que por el contrario, todos tenían por decisivos los triunfos alcanzados en el continente, figurándose que de sus resultados se alejarían las hostilidades de nuestras fronteras, la coalición quedaría desconcertada, duraría poco la guerra, y cuando se hiciese la paz continental se abriría camino para hacer también la marítima. Sin embargo, como el ejército caminaba hacia Austria en busca de los rusos, era fácil preveer se preparaban grandes sucesos, de suerte que á no ser por la confianza que inspiraba el génio de Napoleón, hubiera sido muy grande la ansiedad con que se aguardasen los indicados sucesos.

Y se necesitaba esa confianza para sostener el crédito desquiciado profundamente. Ya hemos dado á conocer la apurada situación en que se encontraba la hacienda, situación hija del atraso que produjo la resolución de no tomar cantidad alguna prestada para subvenir á los gastos de la guerra, los apuros del tesoro español de que también participaba el francés, gracias á las especulaciones de la compañía titulada *Reunion de comerciantes*, y el haber puesto el tesoro en manos de la compañía un ministro honrado á quien engañó. De todo esto resultó la crisis que se esperaba hacia tanto tiempo, habiendo contribuido á precipitarla la corte de Madrid, la cual debía

á la compañía el subsidio cuyo valor se había encargado esta en descontar, los cargamentos de grano que envió á varios puertos de la península y las provisiones suministradas á las escuadras y ejércitos españoles. Obligada dicha corte á suspender los pagos de la *Caja de consolidacion*, especie de banco dedicado al servicio de la deuda pública, dió curso como si fuesen moneda á los billetes del espresado banco, medida desastrosa que hizo desaparecer el metálico. Mr. Ouvrard, que mientras no realizaba el cobro de las pesetas mejicanas que le había concedido el gobierno de Madrid, no tenía otro medio para hacer frente á las necesidades de sus consocios que el metálico que sacaba de la Caja de consolidacion, vió paralizadas de pronto sus operaciones pues había prometido á Mr. Desprez 4.000.000 de pesetas, que él prometió dar al Banco de Francia en cambio de lo que necesitaba y tomaba de él, y ya no podía contarse con aquellos 4.000.000. Con el cobro que había que hacer en Méjico, habiase contratado en Holanda, en la casa de Hope un empréstito de 10.000.000, de los cuales podían recibir cuando más dos en tiempo oportuno, y todo esto aumentó extraordinariamente los apuros de Mr. Desprez, que entendía en las operaciones del tesoro, y de Mr. Vanlerberghe, que corría con el suministro de víveres, apuros que recayeron en el Banco. Ya hemos explicado como descontaban al Banco, ó su propio papel, ó las *obligaciones de los recaudadores generales*, y ahora añadiremos que el Banco les daba su valor en billetes, cuya emisión se aumentaba inmoderadamente, mal que podía repararse si las pesetas prometidas llegaban

á tiempo de establecer cierta proporción entre ellas y la reserva metálica que había en el Banco. Empero habían llegado las cosas á un punto que el Banco solotenía en caja 1,500 francos contra 72.000,000 de billetes emitidos y 20 de cuentas corrientes, es decir, 92.000,000 en papel que debía hacerse efectivo inmediatamente, situación que se agravó y mucho por una circunstancia que acababa de descubrirse. Mr. de Marbois, cuya confianza en la compañía no tenía límites, le había dado facultades escepcionales, creyendo facilitar el buen desempeño de aquellas operaciones, y estas facultades dieron margen á un abuso de gravedad suma. Como la compañía tenía en su poder la mayor parte de las *obligaciones de los recaudadores generales*, puesto que las descontaba al gobierno, y debía cobrar lo que daba por varios conceptos, se hallaba en el caso de tomar dinero á cada instante de las arcas del tesoro; y para mayor comodidad mandó Mr. de Marbois que los recaudadores generales le diesen los fondos que en ellas entrasen, con un simple recibo de Mr. Desprez. La compañía se valió al instante de las facultades que le concedieron, y mientras que por una parte procuraba hacerse con dinero en París, descontando al Banco las *obligaciones de los recaudadores generales* de que estaba provista, por otra tomaba de la caja de los recaudadores generales el dinero destinado á cumplir aquellas mismas obligaciones, y cuando el Banco las enviaba á su vencimiento á los recaudadores generales, solo hallaba en pago recibos de Mr. Desprez, de suerte que atesoraba papel en cambio de otro papel. Así es como llegó á

emitir billetes con una reserva tan corta, siendo el autor principal de las complacencias de que abusaban tan deplorablemente un comisionado infiel que logró engañar la confianza de Mr. de Marbois.

Esta situación que desconocía el ministro, y no apreciaba bien la compañía, porque alucinada como estaba, no media ni á estension de las operaciones en que se había engolfado, ni la gravedad de lo que estaba haciendo, se fué descubriendo poco á poco gracias á los apuros que había, hasta que viendo el público lo escaso que andaba en el Banco e. dinero acudió en tropel á sus oficinas para ver de cambiar los billetes, uniéndose los mal intencionados á los que impulsaba el temor, para que á crisis se hiciese como se hizo á poco general.

Agravadas de este modo las circunstancias, fué preciso hablar con claridad, y Mr. Vanlerberghe, á quien no podía imputarse lo digno de censura que encerraba la conducta de la compañía, pues solo se ocupaba en el comercio de granos, sin saber los apuros á que le esponían sus consocios, se avistó con Mr. de Marbois, y le manifestó era imposible cubrir á un mismo tiempo las obligaciones del tesoro y suministrar víveres, pues gracias que pudiera seguir haciendo esto último. Tampoco le ocultó que los suministros hechos á España, y que aun no había pagado esta, eran la causa principal de su apuro, y temiendo Mr. de Marbois faltasen víveres, así como animado con algunas palabras del emperador, estaba contento de Mr. Vanlerberghe y se había mostrado dispuesto á apoyarle, concedió á dicho

contratista un auxilio de 20.000,000. Estos millones los descontó de suministros anteriores que aun no se habian satisfecho ni por guerra ni por marina, y los dió devolviendo á Mr. Vanlerberghe 20.000,000 de sus compromisos personales, contraidos con motivo de las operaciones del tesoro; pero apenas se le habia concedido este auxilio cuando fué á reclamar otro. El contratista de quien vamos hablando tenia sobre sí una multitud de contratistas secundarios, que aunque por lo regular le prestaban, no podian seguir haciendo anticipos por no contar con la confianza de los capitalistas, de suerte que se veia reducido al último extremo, confesion que asustó á Mr. de Marbois, aunque no tanto como otras que le hicieron. El Banco le envió una comision para que manifestase al gobierno el estado en que se hallaba, pues, Mr. Desprez no enviaba las pesetas prometidas, y sin embargo pedia nuevos descuentos, mientras el tesoro los pedia por su parte, cuando no llegaban á 2.000,000 los escudos que el Banco tenia en caja para hacer frente á 92.000,000 en papel pagaderos inmediatamente. Tambien Mr. Desprez declaró al ministro que carecia de recursos, á no ser que el Banco le prestase ayuda, confesándole que se veia en semejante apuro de resultados de los negocios de España, por manera que el ministro adquirió la evidencia de que Mr. Vanlerberghe buscando apoyo en Mr. Desprez, y este en el tesoro y el Banco, sostenian el peso de los negocios de España, peso que gravitaba sobre Francia de resultas de las temerarias combinaciones de Mr. Ouvrard.

Era demasiado tarde para retroceder, y muy

inútil quejarse; pero como tambien era preciso salir de aquel peligro, sacando de él á los que se habian espuesto con tanta imprudencia, pues dejarlos perecer era correr el riesgo de perecer con ellos, Mr. de Marbois no vaciló en tomar la resolucion de sostener á MM. Vanlerberghe y Desprez, en lo cual hizo bien. Sin embargo, no pudiendo obrar bajo su responsabilidad, pidió se reuniese un consejo de gobierno, como así se verificó, presidiéndolo el príncipe José, y asistiendo á él el príncipe Luis, el archicanciller Cambaceres, todos los ministros, y algunos empleados superiores de hacienda, entre ellos Mr. Mollien, director de la Caja de Amortizacion. El consejo deliberó largo y tendido acerca de la situacion, y al cabo de muchas discusiones generales y ociosas, aunque era urgente acabar de una vez, todos dudaban en presencia de una responsabilidad grande para todos, sea cual fuese el partido que se tomase, pues tan grave era dejar que los contratistas se hundiesen como sostenerlos. El archicanciller Cambaceres, que tenia bastante penetracion para comprender lo que importaba salir de aquel estado, y bastante crédito para conseguir que el emperador admitiese sus proposiciones, hizo que prevaleciese el dictámen de los que querian dar un auxilio á Mr. Vanlerberghe, auxilio que debia ser de 40.000,000 desde luego y de otros diez despues, así que llegase la aprobacion del cuartel general. En cuanto á Mr. Desprez, era una cuestion aquella que debia tratarse con el Banco, pues solamente este podia ayudarle, continuando el sistema de descuentos; pero se discutieron los medios que proponia para conte-

ner el agotamiento de sus arcas, y mantener el crédito de sus billetes, sin cuyos requisitos no había otro recurso que sucumbir. Por lo demás, todos convinieron en que no podía darse curso forzado á la moneda, tanto porque era imposible restablecer en Francia un papel moneda, como porque no sería del agrado del emperador semejante resolución; pero se admitieron ciertas medidas que debían hacer los reembolsos mas lentos y no tan rápida la circulacion de las especies, dejando al ministro del Tesoro y al prefecto de policía el cuidado de entenderse con el Banco acerca de los pormenores de estas medidas.

Mr. de Marbois tuvo con el consejo del Banco esplicaciones muy acaloradas, pues se quejó del modo con que había manejado sus negocios, queja muy injusta, porque el Tesoro tenía la culpa de que aquel se hallase apurado. En su cartera solo tenía efectos escelentes de comercio, cuyo pago era el único recurso con que contaba; había disminuido los descuentos de los particulares hasta reducir su cartera hasta un grado estraordinario, y si algo tenía con exceso, era el papel de Mr. Desprez y las *obligaciones de los recaudadores generales*, los cuales no se convertían en dinero. De consiguiente, el mal estado de sus negocios dependía del gobierno; pero los banqueros que lo dirigían eran tan adictos por lo general al emperador, en quien veían si no el guerrero cubierto de gloria, á lo menos el restaurador del orden, que se dejaban tratar por los empleados públicos con una severidad que no sufrirían hoy las compañías mas vulgares de especuladores. Y esto mas que servilismo era en ellos espíritu pa-

triótico, pues el sostener el gobierno del emperador era á sus ojos un deber imperioso que les imponía Francia para preservarse de la anarquía. Así es que no se enfadaron de reconvenciones poco merecidas, y mostraron por la causa del Tesoro una abnegacion digna de servir de ejemplo en igualdad de circunstancias, adoptando para atenuar la crisis las medidas siguientes.

Mr. de Marbois debía hacer que saliesen en posta para los distritos inmediatos á la capital, comisionados que obligasen á los recaudadores á desprenderse de todos los fondos que no necesitasen indispensablemente para los asuntos corrientes de las rentas, saldos y pago de empleados, enviando dichos fondos al Banco, fondos que segun computo ascendían á 5 ó 6.000,000 en especies. Se dió orden á los recaudadores generales que no hubiesen entregado á Mr. Desprez todas las cantidades que había en caja, las apruntaran inmediatamente al Banco, y al mismo tiempo tenían encargo los comisionados, de averiguar si algunos de aquellos empleados de contabilidad utilizaban en provecho propio los fondos del Tesoro. Además de estos medios encaminados, á reunir metálico, se añadieron algunos otros dirigidos á impedir desapareciese, pues como el billete empezaba á perder, el público acudía presuroso al Banco para reducirlo á dinero, lo cual bastaba, sin agiotage y malevolencia, para que la masa de tenedores exigiese el cambio, porque nadie quería perder en los billetes un 4 ó un 2 por 100. Autorizóse, pues, al Banco para que solo recogiera al día 500 á 600,000 francos en billetes, metálico que era suficiente cuando había confianza, y

se tomó otra precaucion á fin de retardar los pagos, que fué contar el dinero. Los cobradores se hubieran librado de buena gana de semejante formalidad, porque no temian fuese á engañar al público el Banco, dejando de echar un escudo en un talego de 1,000 francos; pero sin embargo se tenia el cuidado de contarlos, decidiéndose además que solo se pagaria un billete á una misma persona, y que serian admitidos al pago por turno. Por último, como la concurrencia se aumentaba de dia en dia, se acudió al recurso de repartir números á los portadores de billetes, siempre teniendo en cuenta que habia que pagar al dia 500 ó 600,000 francos, y los dependientes del ayuntamiento distribuian dichos números entre los individuos notoriamente estraños al comercio de dinero, y que solo tuvieran que recurrir al cambio de billetes para satisfacer verdaderas necesidades.

Estas medidas cuando no otra cosa, hicieron que cesase en las oficinas del Banco el desórden material, y redujeron la emision de las especies á las necesidades mas urgentes de la poblacion frustrándose las maniobras que traia entre manos todo el que se daba al agiotage, agiotage que tendia á sacar los escudos del Banco para darlos al público con un 6 y un 7 por 100 de ganancia. Sin embargo aquello era una verdadera suspension de pago, disimulada bajo la capa de una disminucion; pero por desgracia era inevitable, y en circunstancias como aquella no debe criticarse una medida por lo que pueda valer, sino la conducta que la ha motivado.

Los comisionados que salieron para los distri-

tos proporcionaron unos 2.000,000 y á todo esto los vencimientos de efectos de comercio, atraian mas billetes que escudos, pues los comerciantes solo pagaban en especies cuando tenian que satisfacer cantidades que no llegaban á 500 francos. El Banco resolvió, al ver todo esto, comprar en Holanda pesetas á toda costa, cargándose con parte de los gastos que originaba la crisis, y si Mr. Desprez no hubiese ido de pronto á declarar mayores necesidades y pedir nuevos auxilios, se hubiera salido de apuros con tantos medios como se emplearon.

El espresado banquero, á quien habia encargado la compañía diese al Tesoro los fondos necesarios para llenar las atenciones del servicio, descontando para ello las *obligaciones de los recaudadores generales*, los *bonos á la vista*, etc. se habia comprometido á hacer el descuento á $\frac{1}{2}$ por 100 al mes, es decir 6 por 100 al año; pero como los capitalistas no querian descontárselos á él sino á 4 por 100 al mes, ó lo que es lo mismo un 42 por 100 al año, estaba espuesto á sufrir grandes pérdidas. Para librarse de estas, se le ocurrió el medio de dar en fianza á los prestamistas las *obligaciones de bonos á la vista*, tomando dinero sobre aquellos valores y no descontándolos; mas deseosos los especuladores de aprovecharse de las circunstancias, acabaron por negarse á renovar aquella clase de operaciones, á fin de obligarle á entregar los valores del tesoro, y adquirirlos ellos á bajo precio.—«Los apuros de la plaza, (así decia por escrito al emperador, Mr. de Marbois) sirven de pretesto á muchos para portarse como piratas con la *Reunion de comerciantes*, y

hombres conozco yo que se tienen por grandes patriotas, y que han sacado al agente del tesoro 4.200,000 francos, y aun 4.400,000, con la esperanza de sacar mejor partido aun.»—(Carta de 28 de setiembre).—Archivo de la secretaría de Estado.

Mr. Desprez, que ya habia recibido del Banco un auxilio de 44.000,000, queria que le diese inmediatamente 30, y 70 para el mes de brumario, es decir, que necesitaba la cantidad de 400.000,000. Cuando el Banco supo esto, se asustó en gran manera, y los hombres que no estaban dispuestos á derrochar los caudales del gobierno, cualesquiera que fuesen, empezaron á quejarse, preguntando qué era Mr. Desprez, y con qué título reclamaba tamaño sacrificio. Ignorábase en el comercio la obligacion in sólido que pesaba sobre él, y la compañía de contratistas, que trabajaba á un mismo tiempo en favor de España y Francia; pero ignorando y todo su verdadera situacion, querian que el ministro confesase era agente del Tesoro; aunque solo fuese por tener una garantia mas. Enterado de lo que pasaba el ministro, envió una esquila escrita de su puño y letra al presidente de la regencia, diciéndole que Mr. Desprez obraba en favor del tesoro; pero como no firmase dicha esquila por un olvido, le exigieron la firma Mr. de Marbois consintió en ello, y desde entonces no era posible ocultar que se trataba nada menos que del emperador, creador del Banco, salvador y soberano de Francia, y que pedía no redujesen á su gobierno al último apuro, negándole recursos que necesitaba con suma urgencia.

La voz del patriotismo ahogó las demas voces, gracias á Mr. Perregaux, célebre banquero, cuyo influjo redundaba siempre en beneficio del estado, decidiéndose en consecuencia que se diesen á Mr. Desprez los auxilios que necesitase, que las obligaciones que servian de fianza para tomar dinero á préstamo, y que aquel no queria descontar por librarse de grandes pérdidas, serian descontadas á cualquier precio, ya perteneciesen á Mr. Desprez, ya al Banco; que él mismo se encargase en realizar esta operacion, como mas capaz que ningun otro de ejecutarla; que las pérdidas recayesen sobre la compañía y el Banco; que se comprasen metales en Amsterdam y Hamburgo por cuenta de los dos, y que se invitase formalmente á Mr. Desprez á que no renovase sus compromisos, á fin de poner término á semejante situacion, resolviéndose tambien que no se disminuyesen los descuentos al comercio, que se utilizasen todos los recursos existentes en el Tesoro, y que solo para él se emitiesen billetes. El reembolso diario de los efectos de comercio llevó al Banco una cantidad considerable de billetes que quisieron destruir en un principio; pero á poco volvieron á circular, pues no solo se dieron á Mr. Desprez para que cubriese sus necesidades, sino que la emision fué mayor que otras veces, llegando hasta 80.000,000, sin incluir los 20 de cuentas corrientes. Con todo, las compras extraordinarias de pesetas, y el descuento efectivo de las obligaciones, proporcionaron los 500 ó 600,000 francos que se necesitaban diariamente para satisfacer al público, de suerte que se creyó podria atravesarse aquella crisis sin comprometer las

atenciones del servicio, y causar la quiebra de los contratistas, quiebra que hubiera producido la del Tesoro.

Esto no impidió sin embargo que quebrasen varias casas particulares, aumentando la tristeza que ya era general. La quiebra de Mr. Recamier, banquero afamado por su probidad, sus muchos negocios, y el boato con que vivía, y que fué víctima de las circunstancias mucho mas que de su conducta rentística, causó gran sentimiento, atribuyéndola los hombres mal intencionados á relaciones mercantiles con el Tesoro que no existían. Otras muchas quiebras, aunque no tan importantes como la de Mr. Recamier, hubo en París y las provincias, causando una especie de terror pánico: es verdad que á haber tenido lugar aquella crisis bajo un gobierno menos firme y poderoso que el de Napoleon, hubiera podido acarrear funestimas consecuencias. Empero todos contaban con su fortuna y su génio, nadie temía se turbase el órden público, á cada instante se aguardaba un gran golpe que elevase el crédito, y esa detestable especie de especuladores, que agravan todas las situaciones fundando sus cálculos en el bajo precio de los valores, no se atrevía á aventurarse en jugadas á la baja, por temor á las victorias de Napoleon.

Así es que toaos tenían fija la vista en el Danubio, pues allí iban á decidirse los destinos de Europa, y de allí debían surgir acontecimientos que pusiesen término á aquella crisis rentística y política. Esperábanse, pues, con gran confianza, sobre todo despues de ver que en unos cuantos dias habia sido hecho prisionero nada menos que

un ejército casi sin disparar un tiro, y gracias únicamente á una maniobra. Sin embargo, una circunstancia de esa misma maniobra, fué á suscitar una penosa complicacion con Prusia, y hacernos temer un enemigo mas, y esa circunstancia fué la marcha del cuerpo del mariscal Bernardotte por medio de la provincia prusiana de Anspach.

Cuando Napoleon dirigió el movimiento de sus columnas hácia el costado del ejército austriaco, no se le ocurrió pudiera resultar dificultad alguna de atravesar las provincias que Prusia tenía en Franconia; y esto porque con arreglo al convenio de neutralidad estipulada por Prusia, durante la última guerra con las potencias beligerantes, no estaban comprendidas en la neutralidad del Norte en Alemania las provincias de Anspach y Bareuth. La razon de esto era muy sencilla: dichas provincias se hallaban en el camino por donde tenían precision de pasar los ejércitos franceses y austriacos, y era casi imposible librarse del paso de las tropas; además de que habiendo como habia empezado á tratar de la alianza con Francia, llegando hasta acoger la proposición de que le darian el Hannover, no tenía derecho para variar las reglas antiguas de su neutralidad, y hacerlas mas rigurosas con respecto á Francia que en 1796. Esto hubiera sido inconcebible, y así guardó un silencio que no se habria atrevido á romper sin faltar al decoro, especialmente para declarar que al mismo tiempo que trataba de hacer alianza, queria ser menos condescendiente con nosotros, que cuando mas frialdad reinaba entre nuestra córte y la suya. Sea lo que fuere, Napoleon se fundaba en el antiguo convenio y en

una intimidad aparente á que debia dar crédito, no considerando por lo mismo como violacion de territorio el paso por la provincia de Anspach; y la prueba de que obraba con sinceridad es que en rigor hubiera podido no pisar el suelo prusiano, estrechando sus columnas, sin perder muchas probabilidades de envolver al general Mack.

Empero cada dia era mas apurada la situacion en que ponian á Prusia los emperadores Napoleon y Alejandro, uno ofreciéndole el Hannover y su alianza, y otro pidiéndole permitiese á uno de sus ejércitos que pasara por Silesia, y declarando al parecer que tenia que unirse á la coalicion de grado ó por fuerza. Así que Federico Guillermo comprendió de lo que se trataba, se alarmó extraordinariamente, porque dominado por la codicia natural en Prusia que le inducia á aliarse con Napoleon, é impulsado por la influencia de córte que le arrastraba hácia la coalizacion, habia hecho promesas á todo el mundo, colocándose en una situacion de que no podia salir sin tener que sufrir la guerra de parte de Rusia ó de Francia. Esto le tenia desesperado en gran manera, pues estaba descontento al mismo tiempo que de los demás de sí mismo, y le asustaba la guerra. Indignado sin embargo de que Rusia quisiese violentarle, mandó poner sobre las armas ochenta mil hombres, siendo este el estado en que se hallaban las cosas cuando se supo en Berlin la llamada violacion del territorio prusiano, violacion que aumentó la pesadumbre del rey, porque disminuía la fuerza de los argumentos que oponia á las exigencias de Alejandro. No hay duda en que para abrir á los franceses la provincia de Anspach

habia razones que no existian para permitir á los rusos el paso por Silesia; pero como en momentos de efervescencia no es lo que mas domina la exactitud en el modo de raciocinar, al saberse en Berlin que los franceses habian pasado por el territorio de Anspach, la córte dijo á voz en grito que Napoleon habia ultrajado á Prusia de un modo indigno, tratándola como solia hacer con Nápoles ó Baden; que no era posible sufrirlo sin deshonra propia: que si por lo demás no se queria entrar en guerra con Napoleon, seria preciso pelear contra Alejandro, pues este príncipe no permitiria que se obrase con él de una manera tan parcial, negándole lo que habian concedido á su adversario; y por último, que ya que era preciso pronunciarse en favor de una ú otra potencia, seria muy extraño é indigno de los sentimientos del rey tomar á su cargo la causa de los opresores de la Europa contra sus defensores, cuando Federico Guillermo habia manifestado otros sentimientos, tanto en Memel como despues en las conversaciones confidenciales que habia tenido con su amigo Alejandro.

Esto es lo que se decia en alta voz en Berlin, en Postdam, y sobre todo en la familia real dominada por una reina apasionada, hermosa y amiga de moverse.

Aunque Federico Guillermo sintió verdaderamente la violacion del territorio de Anspach porque fué á arrebatarle el mejor argumento que tenia contra las exigencias de Rusia, se portó como todo hombre á quien la pusilanidad obliga á ser hipócrita, recurriendo á la ira y mostrándose mas enfadado que lo estaba realmente. Su con-